

A close-up, high-contrast photograph of a person's face. The left side of the face is brightly lit, showing the person's left eye which is wide open and looking directly at the camera. The right side of the face is in deep shadow, with the right eye closed. The overall mood is contemplative and intense.

El aprendiz de

**PSICO
ANALISTA**

— *Jan Albatross* —

autografía

No quiero decir con esto que no haya disfrutado escribiendo esta novela. Sin embargo, en ciertos momentos sí sentí pánico por no saber terminarla. Quizás interesa poco al lector saber con la tristeza que uno abandona su proyecto, al que ha dedicado tanto tiempo, ni la emoción que siente el autor al enviar a este mundo tenebroso un rayo de esperanza y de bondad o al imaginar que el mal se puede combatir haciendo el bien.

Duele pensar que las criaturas de mi imaginación, con las que he convivido, se separarán de mí para siempre. Pero la capacidad que nos ha dado nuestro Creador para imaginar ha de seguir siendo utilizada, y otras historias aparecerán.

¿Qué espero que encuentres en este libro? Espero que encuentres un relato de una belleza extraña, enmarañado bajo el manto de una violencia no explícita. Muchos de los casos aquí relatados son reales y prueban hasta qué punto puede llegar la bajeza humana. Todo aparece mezclado en una historia ficticia, que aun así pudiera haber sido real.

Pero espero que encuentres mucho más. Espero que encuentres una historia con un mensaje positivo, que contribuya a tu crecimiento cognitivo (pues creo que un libro no solo ha de entretener, sino enseñar). Espero sorprenderte, hacerte reír y, sobre todo, intrigar. Porque, como leí una vez: “Las mentes más brillantes no son aquellas que acumulan mayor conocimiento, sino las que poseen una curiosidad extrema”.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	5
CAPÍTULO 1 – EL SUEÑO	9
CAPÍTULO 2 – LICENCIADO	11
CAPÍTULO 3 – POL	17
CAPÍTULO 4 – EL DOCTOR ÁLVAREZ Y MARTA.....	23
CAPÍTULO 5 – LA ENTREVISTA	33
CAPÍTULO 6 – LA CENA	39
CAPÍTULO 7 – EL VESTIDO ROJO.....	57
CAPÍTULO 8 – FLASHBACK.....	69
CAPÍTULO 9 – LA VÍCTIMA 39.....	75
CAPÍTULO 10 – ROBERTO.....	85
CAPÍTULO 11 – LA VÍCTIMA 41	91
CAPÍTULO 12 – LA CITA.....	99
CAPÍTULO 13 – MÁS PREGUNTAS QUE RESPUESTAS	109
CAPÍTULO 14 – LA MATRÍCULA	115
CAPÍTULO 15 – EL TEATRO	121
CAPÍTULO 16 – LA VÍCTIMA 42.....	125
CAPÍTULO 17 – LIDIA.....	137
CAPÍTULO 18 – LA CÁRCEL	141
CAPÍTULO 19 – BAJO FIANZA	149
CAPÍTULO 20 – ANA	157
CAPÍTULO 21 – DOÑA ELISA	167
CAPÍTULO 22 – MARTA	173
CAPÍTULO 23 – EL FUNERAL.....	183

CAPÍTULO 1

EL SUEÑO

El sonido del reloj haciendo tictac fue poco a poco despertándolo. Ese sonido, que provenía del corazón mecánico de su reloj, se fusionaba con el del suyo, como si este buscara armonizar y llevar el mismo tempo. De repente, varios destellos de imágenes horribles le vinieron a la cabeza. Su pulso se aceleró y comenzó a ponerse muy nervioso.

No se trataba de un sueño. Lo percibió porque tenía los ojos abiertos. Era más bien como una visión, una visión espantosa en la que veía a un indigente suplicándole por su vida... ¡y él era el asesino! Trató de borrar esa imagen que le estaba atormentando, pero no lo logró.

Rápidamente, se levantó y se lavó la cara. Quizás el agua limpiaría esa visión tan sucia. Pero no lo conseguía. Se miró al espejo. Tenía muy mal aspecto. Como si apenas hubiera dormido. ¿Habría tenido otra noche de sonambulismo? No recordaba absolutamente nada. Miró las notas que tenía escritas en su cuaderno. No era la primera vez que su memoria le jugaba una mala pasada.

En las notas reconoció su letra, pero no comprendía lo que querían decir; una dirección escrita y el nombre de un psicólogo: “Enrique Álvarez”; y debajo una nota: “Trastorno de Identidad Disociativo (Personalidad Múltiple)”; y debajo aparecía su nombre y otro del que no conocía la existencia. ¿Quién sería?

Rebuscó entre sus cosas. Cogió su abrigo y vació los bolsillos. Un paquete de tabaco y un mechero. ¡Qué extraño! ¡Si él no fumaba! Mientras intentaba buscar una explicación a todo aquello, abrió la cortina del baño. Lo que allí vio le hizo dar un grito que retumbó en todo el vecindario. La bañera estaba llena de sangre. También había una chaqueta de un indigente que no pertenecía a él. Decidió ponerlo todo en una bolsa de basura y deshacerse rápidamente de aquello.

Después, abrió todos los cajones en busca de una tarjeta de contacto. Tenía que haber algo que le permitiera hablar con ese tal Enrique Álvarez. Cuando lo encontró, lo llamó. Enrique lo reconoció enseguida y le quiso recordar que él sufría un Trastorno de Personalidad Múltiple. No quiso creerlo. Pero Enrique mencionó detalles muy específicos de su vida que poca gente sabía. Colgó el teléfono, asustado.

Aún sin terminar de creérselo, encendió la televisión. En el informativo matinal dieron la noticia: “Aparece asesinado un indigente en el barrio del Raval de Barcelona”. Un espeluznante escalofrío recorrió todo su cuerpo.

CAPÍTULO 2

LICENCIADO

— ¡Notable! —exclamó Ana con alegría—. ¡Felicidades, Wesley!

Wesley se apresuró a comprobar dicha nota en el tablero de anuncios de la universidad. Quiso frotarse los ojos en señal de incredulidad, pero, además de parecerle inútil y carente de sentido, en su interior sabía que había realizado un buen examen y que dicha calificación se correspondía con el esfuerzo realizado. Se sintió aliviado y feliz de haber terminado, por fin, la carrera.

Pero, en realidad, se le había pasado todo muy rápido. Aún recordaba cómo aquel chico con el pelo castaño y los ojos marrones claros como avellana acababa de hacer la selectividad y veía ante sí una carrera de cuatro años que le parecía larga. Desde hacía un tiempo se había dado cuenta de que quería estudiar psicología. Le apasionaba el poder comprender el comportamiento y el funcionamiento de nuestra mente. Y había podido realizar uno de sus sueños. Sin embargo, aún quedaban muchos peldaños por subir.

Para comenzar, el primer peldaño era plantearse su futuro laboral. Muchos de los compañeros con los que había estudiado aún no habían acabado la carrera; otros estaban indecisos, y otros, simplemente se habían quedado en el camino. Quizás absorto en los estudios,

en sus aficiones, en las fiestas que se podían organizar y, sobre todo, en sus amigos, no se había planteado excesivamente qué iba a hacer cuando llegara a este punto.

En su interior, Wesley sabía qué era lo que le haría feliz. Le gustaría especializarse en el psicoanálisis, un método terapéutico de determinadas enfermedades mentales que analiza de forma retrospectiva las causas morales y afectivas que determinan las dolencias del paciente y que da gran importancia a los impulsos reprimidos que quedan en el subconsciente. Y no solo por estudiar más profundamente las tesis de Freud, a quien Wesley admiraba y respetaba, sino por indagar más profundamente en personas con verdaderos problemas mentales, y qué era lo que en muchos casos llevaba a una persona a convertirse en un maniaco, en un asesino en serie, en una persona autista, en fin, en una amalgama de personalidades que le resultaban, cuanto menos, atrayentes.

Absorto como estaba en sus pensamientos, Wesley se dio cuenta de que el que se estaba comportando como un autista era él. Decidió dejar de estar ensimismado y de elucubrar cosas que ahora mismo no le llevarían a ningún puerto. Era momento de hacer un paréntesis y celebrarlo con sus compañeros en el bar que quedaba cerca del rectorado. Allí, bajo el frescor que podía aportarle una caña de cerveza en un caluroso día de inicio de verano, podía abstraerse de los exámenes y de su futuro. Pese a ser una persona deportista y que no solía beber alcohol, ese era un momento de desahogo que necesitaba.

—Entonces, ¿quieres ser psicoanalista, ¿eh? —dijo Nancy con su risa traviesa de siempre.

—Me interesa conocer las patologías extrañas que padece mucha gente, trastornos que pueden llevar a actuar de una forma que a la vista de los demás se nos plantea ilógica, irracional y, a veces, incluso sádica. Meterme en la mente de ese tipo de personas es algo que de verdad me pone los pelos como escarpas —argumentó Wesley ante el asombro de los demás.

—¡Eso es porque ya eres raro de narices! —dijo Javi con su habitual expresividad.

—Tienes razón. Eso no lo pongo en duda —contestó el alumno recién licenciado, aunque todavía careciera del reconocimiento oficial como tal.

Wesley se detuvo por un instante a observar a los cuatro compañeros que tenía sentados a su alrededor. No eran amigos íntimos e incondicionales, pero sí con los que había tenido más trato a lo largo de sus años universitarios. Con ellos había compartido sus inquietudes profesionales, sus nervios previos a los exámenes, charlas de bar, partidas de fútbol y, cómo no, también de bolera.

Javier era el único de los que estaban en la mesa al que Wesley ya conocía antes de empezar la carrera. Habían ido juntos al instituto y habían elegido el mismo enfoque para los estudios. Era un chico moreno, con los ojos azules, y debía de medir un metro setenta y cinco; era de personalidad sincera y, en ocasiones, demasiado espontáneo. A veces, su forma de hablar era soez e incluso subida de tono, pero era una forma como cualquier otra de llamar la atención. Había salido durante dos años con una chica a la que Wesley le había presentado, llamada Lourdes, pero no había funcionado. Wesley recordaba con cariño el primer día que fueron a la universidad. Mientras estaban haciendo cola para hacer la matrícula, Wesley comenzó a hablar con una chica atractiva que estaba delante. Javier se había extrañado de que a su amigo le fuera tan bien, pues conocía su historial. Wesley no tardaría en darle la razón. En un momento de la conversación, preso de los nervios, lanzó el bolígrafo que estaba manoseando a diez metros de distancia. Javi (así le llamaban sus amigos) se rio de él en voz alta por su torpeza y la chica de enfrente no pudo contener las carcajadas. Y es que Wesley, a pesar de tener una alta inteligencia emocional y cierta inteligencia cognitiva, era bastante patoso en sus relaciones interpersonales. De carácter introvertido, su nerviosismo

le llevaba a veces a actuar de forma cómica y podía llegar a transmitir, a quien no lo conociera, que era un zopenco.

Ana era una chica alta y esbelta, con unos ojos marrones vivos y una sonrisa que volvía loca a media universidad. Tímida al principio, solía abrirse a los demás conforme iba cogiendo confianza. Siempre había sido una chica concienzuda y estudiosa. Apreciaba el haber encontrado un compañero como Wesley que la ayudara cuando no acababa de entender una cosa, ya que se lo explicaba de una forma en la que ella lo entendía fácilmente.

Nancy era la típica chica dicharachera que todo grupo suele tener. De padre francés y madre con raíces andaluzas, tenía una mezcla explosiva de dulzura picante y seriedad remilgada. De ojos despiertos, no se contenía de hacer comentarios irónicos e, incluso, en ocasiones, hirientes. Desconfiaba demasiado de la gente, y en la mayoría de ocasiones mantenía una actitud a la defensiva, especialmente al tratar con el sexo contrario.

El que se sentaba al lado de Wesley no necesitaba ningún tipo de estudio previo, pues quizás fuera la más transparente de las personas que había conocido. De apariencia afable, con perilla y gafas que le alargaban aún más la cara, Jorge tenía un carácter difícil y, en ocasiones, rudo. Solía ser una cabra loca y era el que incitaba más a hacer novillos y a tener una actitud displicente. No era de extrañar, pues, que le quedaran bastantes asignaturas pendientes año tras año. Sin embargo, poco parecía importarle, como si el tiempo no tuviera trascendencia para él y solo le importase exprimir cada momento para disfrutarlo.

Las conversaciones se perdieron en recuerdos de momentos felices, y otros no tantos, vividos durante esos últimos cuatro años. Mientras escuchaba con atención a sus interlocutores, Wesley divagó pensando en que aún no había dicho nada a ningún conocido. De todas formas, no era su estilo. De carácter mayormente reservado, no solía ser de esas personas que van corriendo a explicar las cosas, a

menos que tuviera mucha confianza. Desde luego, sus padres estarían felices con la noticia, pero tampoco tenía prisa por compartirla. Últimamente, la relación con ellos se había deteriorado.

El padre de Wesley tenía una personalidad exigente, chapada a la antigua. Cualquier nota o cualquier buena noticia de Wesley era recibida por su padre con desdén, y siempre le exigía la perfección. En el fondo de ese carácter huraño había un resentimiento por la niñez vivida, una niñez marcada por unos padres que se habían criado en una época de transición económica y política, y en la que no pudo disponer de las oportunidades que ahora disfrutaba Wesley. Eso le hacía tener una amargura interna que transmitía de forma agrisulce en la crianza de su primogénito, a quien quería, pero no sabía demostrárselo, quizá por una incapacidad que tenía a la hora de demostrar sus sentimientos. Dicha alexitimia se fue acentuando a lo largo de los años y fue abriendo una brecha entre padre e hijo que cada vez era más evidente. La madre de Wesley era una mujer con una personalidad débil, pero que había experimentado una niñez también penosa. Tenía un carácter volátil y se desahogaba con Wesley, quien la escuchaba pacientemente. A pesar de la devoción que sentía por sus hijos, padecía una dependencia emocional por su marido que la envolvía y la había sumergido en una depresión que la consumía lentamente.

Wesley, al ser el mayor de los tres hijos, era la probeta en la cual el matrimonio había experimentado. La mezcla de ambos componentes había dado como resultado en Wesley una personalidad introvertida, resiliente, empática a nivel emocional y de carácter aparentemente sociable, aunque con muchas dificultades para exteriorizar su mundo interior.

A pesar de todo, Wesley solo dio la buena noticia a su padre; los demás ya se enterarían o ya se lo diría él. Total, su madre ya se encargaba de pregonar lo que consideraba como una hazaña de su hijo.

Después de haber acabado la caña y de haber agotado todas las anécdotas vividas, Wesley se despidió y deseó suerte a sus ya excompañeros. Todos sabían que se seguirían viendo en alguna cena que se

montara, que seguirían en contacto ya fuese por teléfono o por vía electrónica o redes sociales, pero también sabían que no sería tan a menudo y que poco a poco lo más probable es que perdieran el contacto. A Wesley eso le entristecía, pero era de los que prefería mirar hacia delante sin darse mucho la vuelta para ver lo que dejaba atrás. Le gustaba mucho citar un proverbio maorí, que reza: “Ponte de frente al sol y las sombras quedarán detrás de ti”.

CAPÍTULO 3

POL

El despertador sonó e interfirió en el descanso de Wesley. Había sido un día agotador y se había echado una pequeña siesta. Atrás quedaba la mañana vivida en la universidad, poco intensa a nivel de unos estudios que ya había terminado, pero con una alta carga emocional.

En la familia, la noticia se había recibido con alegría. Era el primer licenciado de la familia. Su padre, Guzmán, era hijo de una de las tantas familias que emigraron en la década de los sesenta desde Andalucía y se establecieron en Catalunya. De frente despejada, barba espesa y ojos grandes y azules, Guzmán trabajaba en el departamento de mantenimiento informático de una empresa grande que tenía su sede en la Diagonal, y aunque su sueldo no fuese elevado, sumado a lo que ingresaba su mujer, que se dedicaba a la limpieza de hogares, permitía que pudieran hacer frente a los gastos de forma puntual. Se podría decir que era un matrimonio típico de la clase obrera española.

Su madre, Rosa, hacía honor a su nombre. De raíces catalanas, era frágil en apariencia y suave como una flor, pero a veces su carácter dicotómico la llevaba a mostrar sus espinas en forma de palabras que hacían daño a quien más cerca estuviese. Le gustaba ir a la moda en lo que se refiere al vestir, pero no se podía decir lo mismo en lo

que se refiere a las tecnologías, donde se había quedado anclada en el pasado.

Habían decidido poner por nombre Wesley a su hijo en honor al protagonista de *La princesa prometida*, una película a la que tenían especial cariño, ya que fue la que vieron en el cine en su primera cita.

Quien se mostró más indiferente por los éxitos de Wesley fue su hermano James. De tez morena, pelo negro y ojos vivarachos, asomaba a la adolescencia y se empeñaba en mostrar cómo sus hormonas se agitaban por dentro de él. Todo lo que no se centrara en él carecía de sentido a sus ojos.

La antítesis de James era Megan (queda claro por los nombres de los hijos el gusto del matrimonio por los nombres anglosajones). Esta se mostraba orgullosa y muy contenta por lo que había logrado su hermano. Megan tenía una capacidad extraordinaria de aprendizaje y era capaz de retener mucha información en un corto espacio de tiempo. Wesley había llegado a pensar que su hermana tenía memoria eidética. Por desgracia para ella, conocer esa habilidad hacía que fuera vaga y dejara para última hora sus obligaciones. Tenía un desparpajo impropio de su edad, que se conjugaba con una candidez que hacía perdonar cualquier impertinencia que profiriese su boca.

Wesley aprovechó la tarde para ir al gimnasio. Le gustaba mucho practicar deporte. Era un momento donde se desfogaba y aislaba sus inquietudes. Cuando hacía ejercicio, notaba que luego tenía la mente más despejada y podía tomar decisiones con más claridad.

De regreso a casa, Wesley fue a ver a su vecino Pol.

—Llegas tarde, Wesley —le dijo este con cara de reproche.

—Lo siento, amigo —Wesley juntó las manos suplicando perdón—, he ido de bólide todo el día. ¿Cómo te va? —le preguntó mientras le frotaba el cabello.

—Bien.

—¿El cole qué tal?

—Muy bien, aunque hoy me he enfadado con Carles porque quería quedarse con el camión de bomberos que me regalaste.

—¿Pero no quería jugar con él?

—No, además que no quería dejárselo, él nunca me deja sus juguetes ni quiere jugar conmigo —explicó un Pol refunfuñado y dolido.

—Pol, ¿recuerdas lo que hablamos la semana pasada? El que hagan algo malo los demás no justifica que nosotros lo tengamos hacer, porque si lo hacemos, ¿qué pasa? Nos convertimos en algo que no somos. Además, estamos actuando como no queremos que nos traten —se paró a pensar.

—Ya lo sé, Wesley, pero es que ese chico no es mi amigo, me trata muy mal y me cuesta mucho tratarlo bien —Pol dijo esto mientras agitaba los brazos en clara señal de buscar comprensión.

—Bueno, Pol, yo te entiendo, pero te has de esforzar. ¿Te imaginas qué pasaría si todo el mundo actuara de esa manera? Sé que es difícil, pero estoy seguro de que lo conseguirás.

Como siempre, Pol agradecía mucho los consejos que le daba Wesley. Era como si fuese su hermano mayor, y daba gracias de tener un amigo como él. Su padre había fallecido en un accidente de tráfico dos años atrás, y, aunque al principio no entendía que era eso de la muerte, pronto se dio cuenta de que su padre ya no estaba allí con él y muchas veces se preguntaba por qué. Afortunadamente, y pese a que ahora contaba con ocho años, estaba su vecino Wesley, que a pesar de ser mucho mayor que Pol, siempre estaba pendiente de él y lo cuidaba. Cuando su madre tenía que ir a algún lado o tenía alguna cita con alguien, Wesley venía a su casa o él iba a casa de Wesley y jugaban a algún videojuego, veían películas divertidas y lo pasaban en grande. Wesley era muy divertido, siempre lo escuchaba y cuando veía algo que Pol hacía y que no le gustaba, le llamaba la atención, pero de manera tan amorosa que a Pol le sabía mal desagradarlo.

Wesley, además, pasaba mucho tiempo enseñándole cosas relativas a Dios. Él era muy creyente y consideraba que si la mayoría de la